

FRAY GERUNDIO.

El Mago en la celda.

Un solemne resfriado se habia apoderado de mi reverendísima persona la víspera de los santos Reyes; acaecimiento que quedaria ignorado en la noche de los tiempos, si mi paternidad no cuidara de publicarlo para que llegue á noticia de todos, por lo que pueda convenir para el mantenimiento del equilibrio europeo, que no falta quien trate de desequilibrar. Hola, no hay que reirse, que de menos nos hizo Dios, y los cuerpos humanos son como las naciones, que aquellos, en diciendo que reciben las influencias de una atmósfera cruda y fria, y estas, en diciendo que dan entrada á las influencias de otras naciones sagaces y astu-

tas, basta y sobra esto para que pierdan su equilibrio los humores, y para que los cuerpos físicos y los cuerpos sociales se enervan y desvigorizan, y necesiten *sudar mucho* para recuperar su antigua fuerza y robustez.

Habíame con tal motivo acostado á estilo de viuda, esto es, temprano y sin cenar: y ya yo me hallaba envuelto entre mis dos sábanas á manera de Regencia envuelta entre dos partidos estrechos, cuando sentí por la calle un ruido extraordinario de cencerros. Llamé á TIRABEQUE, y le dije: ¿qué ruido es ese, PELEGAIN? ¿Vivirá por aquí algún viudo septuagenario que haya hecho la calaberada de casarse con alguna joven de veintuno y cuartillo, como otro que en la Corona acaba de ser obsequiado con tres noches de cencerros? Porque ahora no estamos en los tiempos del feudalismo en que se hacía también este ruidoso y desapacible obsequio á las jóvenes solteras que daban una muestra ostensible de su incontinencia: que si esta costumbre se observase ahora, ¿á dónde iríamos á parar?—Señor, vd. sin duda no se acuerda del día en que vive. Ese ruido deberá ser de los que salen á esperar los Reyes Magos, como yo salía allá en otro tiempo cuando no era lego de mundo.—Verdad es que no me acordaba que estábamos en víspera de Reyes, PELEGAIN, ni que en Madrid se conservaba esta costumbre de las aldeas, testimonio irrecusable de los progresos de nuestra ilustración.—Señor, déjelos vd. que se diviertan, y quiera Dios los limite el señor ministro de Hacienda.—¿Y el ministro de Hacienda querías que saliera como los muchachos inespertos á esperar los Reyes?—No señor, sino que cuando trate de hacer alguna contrata lo haga á cencerros destapados, y así con mucho ruido como estás para que pueda acudir la gente.—Vaya, vaya, lípatme tú la espalda á ver si puedo traspirar, y dejemos á esos incutecados

hacer el oficio de los pretendientes crédulos, fiarse en galantes promesas y al cabo recibir un desengaño.

Quedóse pues mi reverendísima humanidad muy cobijadita al amor de las sábanas, á la manera que los bullangueros por especulación se cobijan al amor del destávillo que han pescado sin mas chitar ni cespitar ya; hice de mi cuerpo un paréntesis imperfecto doblando las rodillas hasta cerca de la barba quedando las piernas á modo de aquellas comitas que se colgaban á las antiguas CC para que tuvieran el valor de ZZ, y en esta irregular postura debí quedarme dormido.

Yo no sé qué hora sería de la noche cuando me pareció oír una voz que no era la de TRAMUEQUE, «¿Quién me llama?» pregunté.—Quien sabe mas que tú, me fue respondido.—Ni en eso penséis alegar un gran mérito, hermano, quien quiere que seais, hombre ó espíritu, aunque vuestra recomendacion no tanto anuncia la sutileza de un espíritu como la flaqueza de un mortal. De todos modos hacedme la merced de decirme quien sois.—Tres años há, FR. GERUNIO, que te ocupaste de mí; hoy se cumplen, ¿y no me conoces?—No en verdad; esa larga barba, ese rostro palido y enjuto, ese mirar penetrante y vivo, demuestran que sois un varón tan respetable como misterioso, y aun en vuestro rostro se traslucen las convicciones de la experiencia y los trabajos de la vejez.—Y las penalidades de un largo viage se deberán traslucir tambien, FR. GERUNIO: como que acabo de recorrer todos los principales países de Europa, y aun del Asia y del Nuevo Mundo.—Y por término de vuestro viage habeis venido á parar á este pobre rincón de la celda geruniana! Caprichoso debeis ser á fe mia, hermano.—Los Magos solemos tener tambien nuestros caprichos.—¿Los Magos! Pues qué, ¿sois Mago vos! Mirad no vengaís con ánimo de burlaros, que si acusas surcan vuestro semblante, á mí tam-

¡ien mal ha pasado ya la edad de la juventud! Y hablar os queréis, ahí en la pieza inmediata duerme mi lego TIRABRQUE, y con él mejor que conmigo podéis usar de chanzonetas.—No me burlo, Fr. GENOVATO: soy inglés, y esto debe bastaros para acreditar que gusto de la formalidad.—¡Inglés! En tal caso debéis venir equivocado: vos creeríais haber entrado en alguna casa de comercio, y estais en la humilde celda de un fraile periodista. ¿O buscabais acaso algun individuo de la Rejencia? Y si teniais alguna misión diplomática relativa a los asuntos del Portugal, quizá buscaríais la casa del Mariscal Saldanha.—Oh! ¡Saldanha, Saldanha! El capiteon de la politica portuguesa. Ese ha querido saber en políticamas que yo: los españoles loreis muy mal en no preacaveros de él. Por lo demas sé muy bien que estoy en la celda de Fr. GENOVATO.

Pero permitidme os diga que inglés y Mago es cosa que yo no puedo comprender. A la menos no seréis ninguno de los tres Reyes Magos que el vulgo espera esta noche, porque aquellos, segun nos enseñan los santos libros, todos eran de las regiones orientales.—Así es la verdad; pero yo soy mas sabio que ellos.—Modesto sois á fé.—Como que me denominan *el sabio*.—Vos me confundís.—Pues no debia confundirte, Fr. GENOVATO, porque hace tres años, repito, que fui objeto accidental de una de tus capilladas. ¿Te acuerdas de aquellas dos dragones....—¡Jesus, ave Maria purísima, y qué recuerdos tan horrosos me haceís!—No te asustes, Fr. GENOVATO, que no es mi ánimo infundirte terror, sino darte avisos saludables. ¿De aquellas dos dragones, digo, que miraban un castillo que se estaba edificando, y que apenas se ponian los cimientos, se hundía de noche cuanto se trabajaba de dia?—Lo recuerdo en efecto: el uno rojo que representaba la gente inglesa, y el otro blanco que representaba la francesa. De esto hable, si mal no me acuerdo, en la capillada 11

de Leon, tal día como hoy.—Pues yo soy el que descubrí la existencia de los dos dragones.—Segun eso vos sois *el sabio Merlin*.—El mismo, Fr. Gauxmo; y extraño que no me hayais conocido hasta ahora.—¡El sabio Merlin por aquí! ¿Pues qué os trae en este día y á tales horas? Porque si no me engaño aun es noche cerrada todavía.—Los Magos regularmente hacemos nuestras visitas de noche. Os lo diré.

Acostumbrado desde los tiempos del rey Worligerno á penetrar y descubrir los secretos de esa especie de magia que llaman *alta política*, y conocedor mucho tiempo há del carácter de mis paisanos, me dió la humorada de salir de la tumba á dar una vuelta por el mundo moderno á ver si la magia política de las naciones era la misma en el siglo XIX que en el V, en que yo nací. He recorrido la Rusia y la Turquía...—Muy mal tiempo elejisteis, hermano Merlin, para visitar aquellas rejiones, y admiro como no os habeis helado habiendo llegado el frio en San Petersburgo á los 26 grados bajo cero del de Reaumur.—Yo ya estoy acartonado, y ni el frio ni el calor me hacen ya sensacion alguna. Pues como os digo, he recorrido la Rusia y la Turquía, el Egipto, el Austria, la Francia, y todos los festados del continente europeo. Y vengo á instruirte del fruto que he recojido de las observaciones de mis viajes.—¡A mí, que soy el mas pequeño de los periodistas, átomo imperceptible del mundo que acabais de recorrer!--A tí, Fr. Gauxmo; que desde que te ocupaste de mí te adquiriste las simpatias Merlinianas, y mucho mas desde que con el *grito de alarma* que diste en la capillada 271 de 4 de agosto último demostraste estar tan descompañado como yo del valor que debe darse á las influencias de unas en otras naciones. ¿Quiéres que te diga á qué hallo yo reducida en último análisis la política general de los gabinetes, á qué las alianzas y los tratados de paz?—Con mucho gusto, hermano Mago:

yo soy ignorante en estas materias, y apreciaré mucho que me ilustreis.

Pues mira, Fa. GRANUDO: la alta política de las naciones no es, créeme, mas que el arte de engañarse unas á otras. Rívalas por intereses, egoistas por principios, y enemigas de por vida, abiertas ó disimuladas, con desconsuelo te lo digo, no he podido hallar entre ellas verdadera amistad. Los diplomáticos no son otra cosa que unos hábiles prestigiadores. Los Magos nunca hemos dejado de existir: los diplomáticos son los magos del día: el nombre es el que ha cambiado. Siempre con el ojo avizor á los intereses de su nación, ese es el hito á que dirigen los tiros de las alianzas que entablan, de las negociaciones que emprenden. Hacen la paz con el vecino hasta que se creen bastantes fuertes para recomenzar la guerra. Acuérdate, Fa. GRANUDO, del tratado que celebró el leon de Esopo con los tres animales sus vecinos. Cuando se trató de dividir una presa en cuatro partes iguales, el leon por motivos y razones que prometió aducir en su tiempo y lugar, arrebató para sí desde luego las tres cuartas partes, y amenazó estrangular á cualquiera de los otros que fuese osado á tocar la cuarta parte restante. He aquí el sublime de la política.

Severo estais, discípulo de Tulasino; y por mí cuenta que no habeis leído solo á Esopo, sino que habeis emitido máximas que demuestran estais acordes con la doctrina de Voltaire, cuando dijo: *«on fait la paix avec son voisin jusqu' á ce qu'on se croye assez fort pour recommencer la guerre.»*—¡Eh Voltaire, Voltaire! Tambien ese miserable tubo sus puntas de saber mas que Merlin; pero antes que él naciera, ya hacia siglos que lo tenía yo olvidado. Y cuando yo no hubiera tenido ya esta convicción, hubiérala adquirido en el viaje que acabo de hacer. ¿No has visto, Fa. GRANUDO, cuán miserablemente ha sido burlado el viejo Mehemet-Alí? Con la buena fé de un muchacho

había firmado el tratado de paz con mi paisano el comodoro Napier. Abandonado por la Francia y hostilizado por las cuatro potencias aliadas, había creído necesaria su humillacion, y se había humillado. Pero faltaba á aquella humillacion todavia otra humillacion, porque ya era débil; y faltaba á la segunda humillacion el sello del engaño, y el engaño y el desengaño le recibió de mi país. El almirante Stopford desaprobó el convenio con Napier, só pretesto de que había traspasado sus facultades, y obligó al anciano Bajá á firmar otro mas humillante todavia.—Lo sé, hermano Merlin.

Pues bien: en mi correria he sabido tambien esa mútua especulacion que con el nombre de alianza mediaba entre la Francia y la Inglaterra, y he visto despues la nueva alianza-especulacion que ésta entabló con las tres grandes potencias del Norte, separándose de la Francia cuando le convino, sin dejar por eso de llamarse su amiga; y veo ahora que la Francia entabla negociaciones llamadas amistosas con la Rusia llamada no ha mucho su enemiga. ¿Conoces al mago Pshlen?—Yo no conozco mas Mago que á vos.—Pues ese es el diplomático que priva ahora con tu amigo Guizot por mision del mago Nesselrode. La Francia y la Rusia por medio de sus magos prestigiadores están ahora aguzando sus ingenios para ver como se hacen amigas, esto es, para ver quién á quién se engaña. Y el Austria y la Prusia y la Inglaterra se manifiestan ahora celosas del armamento pacífico de su amiga la Francia, y ellas se ponen en armas tambien. Las amigas se arman contra las amigas. Ve tú si habrá entre ellas verdadera y sincera amistad. El temor de que se desnivele el equilibrio europeo es su pretesto: el equilibrio europeo es el velo con que cada una cubre su egoismo y su interés. Las amigas se acechan como enemigas: aquella que les ofrece mas ventajas en su especulacion, á aquella se ligan, con aquella entablan alianza, con aquella hacen amis-

lad, si aquella se proponen engañar: la amistad durará hasta que la una se crea mas fuerte que la otra, hasta que la mas fuerte no necesite de la mas débil.

¡Merlin, Merlin! Misantropico en demasia me parece que estais.—Desengañado dirás, FR. GERUNDIO: la magia de las naciones nadie debe conocerla mejor que el mago Merlin.—Segun eso tampoco los españoles deberemos fiar de la amistad que la Inglaterra tu pais parece dispensarnos.—¿Y eres tu, FR. GERUNDIO, el del 4 de agosto, el que eso pregunta? No sino fiáos en ella para la cuestion que ventilando estais con el Portugal, y veréis lo honrosa que os habrá de ser su solucion. Acuérdate de los dos dragones que minaban los cimientos del castillo. Los dragones aun viven, y no han dejado de minar. Los españoles parece que no habeis sacado mucho provecho de la leccion del navegante de quien dijo Virgilio:

Incidit in Scyllam cupiens vitare Carybdim (1).

De vosotros alguna vez he dicho yo:

Incidit in Gallos, cupiens vitare Britanos (2).

Y no quisiera tener que decir ahora:

Incidit in Britanos, Gallos vitare cupiendo (3).

(1) Por huir de Caribdis cayó en Escilas

(2) Por huir del influjo
de los ingleses,
se pusieron en manos
de los franceses,

(3) Por huir la influencia
de los franceses,
se abrieron al influjo
de los ingleses.

Esta es la suerte de España, que ningún gobierno ha de acertar á salir de Malaga sin entrar en Malagon.

—Perdonad, hermano Merlin, si os digo que esos versos no están ajustados á la medida exacta de los exámetros latinos, y que en el primero advierto cierto sonsonete....—¿Y en tal ocasión reparas, FRAY GENOVIO, en medidas, sonsonetes y niñerías?—Como os llaman *el sabio*, créel....—Lo que yo creo es que las medidas de que debéis ocuparos son las de dar á la cuestion de Portugal la solucion que á vuestro decoro cumple, desvirtuando las maniotras de los dos dragones blanco y rojo que los cimientos del Castillo de vuestra independencia nacional mian y socaban. La razon y la justicia os sobran, y la reconocen todos: si ha habido alguna imprudencia por parte de vuestro gobierno, las imprudencias no destruyen las esencias de las cosas, y quizá esas mismas imprudencias hayan sido producto de la májia de mis paisanos para hacerse necesarios en el reino vecino, y tomar despues el caracter de mediadores para sacar provecho de la alianza de unos y otros.—¿Pero será posible, hermano Merlin, que hayamos de desconfiar de una amistad tan sincera como la que nos profesan los ingleses?—¡Sincera! No apartéis por si acaso el ojo de las islas Filipinas, ni dejéis de fijarle en la de Cuba, y atended al nuevo consul de esta última Mister Gurnbull y á las instrucciones que lleva de la sociedad filantrópica de Londres, de que fue presidente, y mirad bien por aquellas posesiones, mirad que os lo dice Merlin.—Cruel estais, hermano Mago, con vuestros paisanos, y con franqueza os digo que lo extraño en verdad.—Pues no lo extrañes, Fa. GENOVIO: mis paisanos en despique de que yo les entendia y descubria los secretos de su májia política, me hicieron el agravio de suponer que yo habia nacido del comercio de un demonio incubo con la hija de un Rey: y burláronse de mis obras de filosofía política y de mis profecias, y las que tradujo Godofre de Montmouth sirvieron para que Polidoro Virjilio se mofase de ellas con el fin de desvirtuar

mi sabiduría. Vé si tengo motivos de resentimiento.

Y dime, Fr. GERONIMO: ¿vosotros no habeis tomado medida alguna militar, aunque no sea sino preventiva, con respecto al Portugal?—¿Sois Merlín el sabio, y me lo preguntáis á mí?—Sí, porque como acabo de llegar á España, y no he estado en otro punto que en tu celda, no he tenido tiempo para adquirir noticias.—Pues sabed que las tropas hace ya 15 dias que estan en camino; es decir, estan en camino sin andar: estan detenidas en varios pueblos del camino. Pero ya en la plaza de Badajoz se estan colocando mas de 80 piezas de artillería, y el dia 30 de diciembre último saldría el hermano Lorenzo á recorrer las fortificaciones de la frontera. Y sabed tambien que preguntado en aquella ciudad á unos portugueses si habian entrado tropas suyas en Yelbes respondieron: «*Oh, senhor! Têm en traio catro centos pedes de caballo; pro os cavaleiros e zente á mais brava, é mais fera é mais furiosa que podem imaginar os homes.*»

Riose Merlín á carcajada con la baladronada de los portugueses, y mas cuando le dije que añadian: «*Os labradós de Espanha, si naon fora por os portugueses, naon vivian.*» y preguntándoles por qué, respondian: «*porque nós consumimos muita cebada.*»—Buen provecho les haga, dijo Merlín, riendo como un muchacho. «Pero mira Fr. GERONIMO, añadió, no acordéis tarde en esto del Portugal cómo acostumbráis á acordar en todo los españoles.»

En esto sentí, yo Fr. GERONIMO, que me oscilaban el cuerpo, y oí al mismo tiempo otra voz que me decía: «Señor...? señor...? ¡Poder de Dios y qué agarrado le tiene!... Señor, despierte vd. que le traigo otra taza de flor de malva con cordiales.—¿Qué es eso? ¿Quién me llama? Esta voz no es de Merlín.—¿Qué Merlín, ni qué merluza, si soy yo?—Ah, eres tú, Tirabeque?—Pues

quién habia de ser á estas horas sino yo, señor?
 --Hombre, déjame, que ahora conozco que ha sido un sueño todo lo que me ha pasado con ese demonio ó ese Mago de Merlin.--Señor, eso ha sido debilidad de no haber cenado, y luego como se quedó vd. dormido cuando acababa de pasar la cencerrada á esperar á los Reyes Magos....
 --Calla hombre, si he tenido una conversacion muy tirada con él, y me ha dicho entre otras cosas que la alta política de las potencias no es otra cosa que el arte de engañarse unas á otras para su propio provecho.--Señor, si no ha dicho mas, eso ya me lo sabia yo sin ser mago.
 --Y tambien me dijo y aconsejó que desecháramos de España toda influencia estrangera, que no puede menos de llevar miras de propio interes cuando se mezcla en nuestros asuntos.--Señor, para decir eso escusaba de haberle molestado á vd., porque me duele á mí la pata sana, cuanto mas la coja, de saberlo.

Y por ahora tómese vd. la taza esta, que tengo para mí que esto es lo que le ha de aliviar.—¿Qué hora es, PELEGRIN?—Las doce deben ser ya, señor.—¿Dadas?—No las he oido, pero me asomé ahora al balcon á ver si helaba, y he visto los faroles apagados, con que por el sistema del ayuntamiento, que no dá mas racion de aceite que para que pueda tirar hasta las doce por lo mas ó menos, deben haber dado ya.--Vaya, pues ahora abrígame, y hasta mañana.--Que vd. pase buena noche, señor.



Saludo y disciplinas.

Al día siguiente se personó TIRABEQUE en la alcoba gerundiana mas temprano de lo que le esperaba mi paternidad. «Tenga vd. buenos días, señor,» me dijo.--Así te los dé Dios, PELEGRI.--¿Cómo se siente esa humanidad, mi amo?--Me hallo mejor, á Dios gracias, solo que tengo este cuerpo tan quebrantado que parece que me han estado dando de palos toda la noche.--Señor, habrá vd. soñado acaso que ha estado en Córdoba, que es donde parece que anda todavía la palinodia de firme.--Yo no sé lo que he soñado, pero lo cierto es que he traído una liorna en esta cabeza....--Señor, entonces habrá vd. visto á la Reina Cristina, que tengo entendido que llegó á Liorna un día de estos.--Así parece, PELEGRI; y por cierto que aquellos soberanillos de Toscana no han estado tan cumplidos con ella como tú conmigo, porque creo que ninguno se presentó á oreguatarla cómo habia pasado la noche. El día 12 parece que llegará á Nápoles, donde está tambien el ex-infante D. Sebastian. Pero de que yo haya traído esta Liorna en la cabeza no se infiere que haya estado en la Liorna de Italia, ni menos que haya podido ver á la hermana Cristina. Hay cosas para las cuales es necesaria la presencia material, Ti-

HABEQUE, V. sin ella no se puede ver ni hacer nada.

Eso es según, mi amo: para ninguna cosa pienso yo que es mas necesaria la presencia material de la persona, sujeto ó individuo, que para ser nombrado presidente de una mesa en esto de las elecciones; y sin embargo allá en Valderrobles de Aragon ha sucedido que cuando fueron los vecinos de Calaceyte á nombrar la mesa para el nombramiento de diputado provincial, se encontraron con que ya habian nombrado el dia antes presidente á uno que ni estaba allí ni se habia movido de su pueblo. ¿Y á quien fueron á nombrar, señor? A un abogado, que habia sido el asesinado de Cabrera....--El asesor querrás decir, hombre--El asesor será, mi amo, que la carta lo traía en abreviatura: ello era el que ponía los aligatos y sentencias á Cabrera en papel del sello de Carlos V. y que metió á un hijo de cadetè en el colegio de Morella. Señor, aquella provincia de Valderrobles está muy mala; si el gobierno no la atiende mas, para aquella gente es lo mismo que si mandara todavia Cabrera en ella.--Será la provincia de Teruel, hombre, que no de Valderrobles: Valderrobles será un partido.

Y dejame ahora de elecciones y de herangeas, que no tengo yo la cabeza para eso. Me parece que ha de ser muy temprano todavia.--Sí señor, todavia es temprano: si he madrugado mas que un correo.--No, pues ahora los correos ya deberan andar listos, porque con esas órdenes apremiantes que el ministro ha pasado á la direccion del ramo, y con tantas medidas como el director

ha tomado...--Si señor, pero con tantas medidas no por eso han dejado de venir los correos con dos días de atraso.--Eso consistirá... ¡Jesús qué quebrantado estoy! Hombre, coge esas correas, ó esas disciplinas, y sacude ese gato, y échale de la alcoba por Dios, que ya me ha estado incomodando buen rato.

Fué TIRABEQUE á sacudir al incómodo animal, y al darle el golpe y al decir, «anda, pícaro,» se quedó con el cabo de las disciplinas en la mano desprendiéndose los ramales, y yendo á parar cerca de mi cabeza. «Señor, me dijo, estas disciplinas se me han roto como la disciplina del provincial de Oviedo, que los oficiales se han separado del coronel, y oficiales y soldados se han marchado como las correas de las disciplinas mías, y el coronel se quedó solo en Murcia como este palo que me ha quedado á mi en la mano.--Comparaciones se te ocurren, PELEGRIN, tan sumamente raras y extravagantes, que las mismas *Estravagantes* del Papa Juan XXII deberian perder su nombre al lado de tus comparaciones.

Y precisamente con tus extravagancias has tocado un punto, que te aseguro me es muy sensible: porque si el ejemplo de relajacion de disciplina militar que ha dado á lo que parece el provincial de Oviedo, depouiendo á su coronel con pretesto de ser de ideas retrógradas, fuese desgraciadamente imitado por otros cuerpos, á Dios subordinacion, y á Dios órden, y á Dios todo. A bien que el gobierno ya creo que ha

dado disposiciones severas para que sea castigado el delito, si como parece, le ha habido.—Señor, yo le diré á vd.: tambien yo siento, aunque luego, que se rompa la disciplina. Pero crea vdo. que á veces nosotros mismos damos ocasion á ello. Y sinó aqui tiene vd. este mango: (me dijo acercándome el cabo de las correas): ¿quién tendrá la culpa de que á mí se me hayan roto las disciplinas, y se hayan ido las correas por un lado y el mango por el otro?—Tú que no le tendrías bien atado.—Pues señor, así sucede con las disciplinas del ejército, mi amo. Si el hermano Baldomero no pusiera á las cabezas de los cuerpos coroneles que no pueden tener la confianza de los oficiales y soldados, porque no son de buenas ideas, no daría lugar á que se desprendieran de ellos como se han desprendido estas disciplinas.

Yo no digo que eso sea bueno, señor; malo y muy malo, porque no estando la disciplina bien arreglada, ni aun siquiera se puede sacudir á un gato con ella, pero como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro, y si el hermano Baldomero tubiera esto presente, no hubiera dado orden para que el coronel y otros varios oficiales del provincial de Monterrey que fueron separados cuando el pronunciamiento, sean repuestos otra vez en sus destinos. Y crea vd., mi amo, que así se disgusta la tropa, y tras del disgusto viene el romperse las disciplinas, y así hay muchos cuerpos que no están en armonia los mangos con las correas, y piénselo bien el her-

mano Baldomero, que con estas cosas no está la gente tan contenta como á él le parecerá, y si sigue así, mañana se le ofrecerá hacer uso de las disciplinas, y le podrá suceder que se quede con el mango en la mano, y se le marchen las correas, como me ha sucedido á mi al ir á sacudir al gato, y repito que quien quita la ocasion quita el peligro, y mas vale un por sí acaso, que un «quién lo pensara,» y por ahora diga vd. si quiere que le traiga otra tacita de flor de malva para que acabe de salir ese pasino.--No, hombre, pues si tengo que decir misa, Acércame, acércame la ropa, que me voy á vestir.--Señor, mire vd. que está el dia muy frio.--No importa, iré bien abrigado. Vestime en efecto, y aqui me tienen vds. á sus órdenes ya talcualejo, encontrándome con que al fin una noche de resfriado me ha suministrado pie para una capillada entera,

Editor responsable, Francisco de S. Fuentes

MADRID: IMPRENTA DE MELLADO.